

PRESENTACIÓN

La percepción de la crisis en la actualidad y el problema de la sobrepoblación del planeta

En la actualidad pocos dudan que estemos ante una crisis generalizada. Sin embargo, cabe preguntar: ¿es tan cierta dicha percepción? Partamos del hecho de que suele ser propio de la mayoría de los filósofos, en un sentido amplio, desde Platón hasta nuestros días, contar con una evaluación negativa de su tiempo. Obviamente ha habido notables excepciones, como los ilustrados dieciochescos o los positivistas decimonónicos, por dar dos casos, que creyeron que la historia caminaba hacia las luces o hacia el progreso, respectivamente. Pero, aun así, no ha sido la regla general del devenir filosófico considerar que estamos bien y que estaremos mejor.

Además, es evidente que la humanidad actual, si se me permite generalizar, no tiene una buena imagen de sí misma en el presente ni en el futuro. Como señala Koselleck (1990), el sentimiento de crisis parece ser inherente a la condición humana en general y a la actualidad en particular. Esto se refleja, por dar un ejemplo, en la literatura de posguerra (*Un mundo feliz*, 1984 y *Fahrenheit 451*, por dar tres casos) y en el cine contemporáneo (el cine de zombis y el cine distópico dominan el séptimo arte). Pero también es la idea que subyace a muchas corrientes sociológicas y filosóficas del siglo XX (pensamos en Weber con el “desencanto del mundo”, Heidegger con la “caída”, Camus con el “absurdo”, etc.). El mundo ya no tiene fe en sí mismo.

Para sostener la existencia de una crisis generalizada, sobran las ideas y los autores que intentan demostrar que estamos en el “peor de los mundos posibles” (Schopenhauer, 2013, pp. 638-639). Al respecto, predominan los estudios sobre la grave crisis en la política, la economía y en lo ambiental. La crisis política derivada, entre otros aspectos, de la pauperización de la democracia representativa y del desencanto ante el modelo participativo-constitucional, en un ambiente proclive al resurgimiento de los populismos, que fácilmente caen en gobiernos autocráticos, de un lado; y del fundamentalismo -especialmente religioso-, el cual da lugar a una respuesta estatal policiva, bajo el eslogan de “lucha contra el terrorismo”, que implica una seria amenaza a la libertad (Baudouin, 2015), del otro.

La crisis económica, la cuarta del capitalismo global (la primera habría sido la de finales del siglo XIX, la segunda la de 1929, y la tercera en los años 70, que dio lugar a la “década perdida” latinoamericana), inició por una red compleja de causas, entre las que encontramos la preeminencia del sistema financiero frente a los otros sectores de la economía, la altísima concentración del capital y del ingreso, y el estallido de la burbuja inmobiliaria (Ferrari, 2015); crisis que se expandió por todos los rincones.

La crisis ambiental, que es la que más atención recibe en los últimos días, surge con ocasión de la contaminación del planeta fruto del uso indiscriminado de la naturaleza, dado lo barato de dicho uso, por parte del capitalismo. Y digo barato porque la naturaleza suministró los insumos del proceso industrial a muy bajo costo y sirvió, casi que gratuitamente, de vertedero de sus desechos y excedentes. Pero la naturaleza, como bien limitado que es, no podía seguir dando y recibiendo en dicha medida, lo que nos puso ante la coyuntura de internalizar los costos ambientales del proceso económico, lo que implicaría una modificación de las relaciones de todos los agentes en una sociedad de consumo que reclama, paradójicamente, disminuir cada vez más los costos de producción para ser competitivos. Aquí es cuando nos preguntamos ¿El capitalismo podrá asumir el mayor costo de una relación más responsable con el planeta? Los anticapitalistas, que no son pocos, le apuestan al no. Los moderados consideran que sí, siempre y cuando se dé un capitalismo más ecológico (Chica, 2015). Otros, convencidos de la capacidad transformativa –mas no necesariamente responsable– del modelo económico dominante, consideran que habrá capitalismo para rato (ver Keucheyan, 2017).

Sin embargo, volvemos al escepticismo inicial: ¿si estamos realmente en crisis? Podría pensarse, siguiendo a Beck (2002) que estamos en una sociedad del riesgo que supone el fin de muchas instituciones sociales modernas y la convivencia con las crisis ambiental, política y económica; esto es, una sociedad que se concibe a sí misma como en riesgo constante, gracias a lo cual logra mantenerse activa, cuestión que constituye la exigencia de su propia supervivencia. Sin embargo, Beck no niega la crisis generalizada, sino que la interpreta como un componente dentro del riesgo aceptado en el pacto social.

Algunos podrían considerar que las crisis antes mencionadas no son tales en tanto no ponen, seriamente, en tela de juicio el modelo imperante, pues el capitalismo, como lo ha hecho ya en el pasado, sabrá sortear estos retos de manera tal que las crisis no son más que oportunidades de reacomodar las fuerzas, especialmente para permitir que los sectores más poderosos puedan absorber, a menor costo, a sus rivales y contradictores (Gorz, citado por Keucheyan, 2017). Además, la actualidad, con todos sus problemas, ofrece una alternativa potencializadora del capitalismo, al permitirle renovar sus viejos moldes que lo estaban estancando. Por dar un caso, gracias a la preocupación ecológica, aparece un capitalismo

verde que puede sobreponerse al actual capitalismo contaminante, gracias a los nuevos mercados de consumidores pro-ambientalistas y a las nuevas tecnologías limpias que exigiría una nueva revolución industrial; incluso, un eco-anárquico como Bookchin (1999) va en esta línea. Descontaminar parecería ser la clave de un nuevo capitalismo triunfante. De esta manera, para algunos, no estamos ante una crisis fatal sino más bien ante un reto a superar. Pero, igualmente, estas posturas niegan las crisis, sino que las interpretan en la lógica de la estructura revolucionaria del capitalismo.

Pero haya crisis o no, retos o no, hay problemáticas serias que asustan al hombre común contemporáneo. ¿Cómo afrontarlas? Y antes de enunciar algunas posibles respuestas, lo anterior nos conduce a la duda legítima de si es posible, por medio de un grupo focalizado de acciones, atender la crisis generalizada, para algunos, o los problemas contemporáneos, para otros. Los filósofos, siguiendo su buena tradición analítica, en su sentido etimológico, buscan la pieza clave que hace falta, o que no funciona correctamente, de la maquinaria defectuosa. El menú de repuestas, sobre cuál es la pieza clave, está al orden del día.

Pero esto deja en claro la dificultad de nuestra época, por el sistema epistemológico y cultural dominante, de dar cuenta complejamente de un problema complejo (Capra, 2007). Seguimos intentando dar con soluciones complejas (*output*) a partir de plantear respuestas simples (*input*). A veces ha funcionado, pero no porque la respuesta simple sea la solución por sí misma, sino porque ella, en la complejidad sistémica, activa una serie de causas que generan, eso sí, una solución compleja satisfactoria a partir de una premisa simple.

Y en esta línea de encontrar la pieza clave o la premisa simple con vocación compleja, hallamos una audaz propuesta, que enuncio a manera de ejemplo, sobre atender la crisis generalizada por medio de una democracia radical, que implique transformaciones políticas, económicas y ambientales simultáneas desde las propias bases. Keucheyan (2016) propone que la modificación de las formas de vida cotidianas para afrontar la crisis ambiental podrá resolver también la crisis generalizada, pero solo si dicha modificación se logra por medio de la movilización y el diálogo intensivo en las bases sociales, lo que supone una mayor democratización de las estructuras políticas. Y si por demás, la economía internaliza los costos de una producción y un comercio contaminantes, para obligarlos a ser más amigables con el medio ambiente, se potencializaría, dice él, la técnica y los mercados, siempre y cuando dicha internalización esté acompañada de medidas acordes con las nuevas estructuras democráticas (medidas como la anulación parcial o total de la deuda pública externa e interna). Así, una respuesta mancomunada (fruto de democratizar las sociedades) daría cuenta de tres crisis diferentes simultáneamente (la política, la económica y la ambiental).

Otra propuesta tiene que ver con el control del crecimiento de la población. Dentro de las piezas clave que se han sugerido en diferentes estudios, hay una que tiene todo para activar una red compleja de acciones para atender la crisis generalizada y que, justo por ello, debería ser uno de los temas que ocupe a la *intelligentsia* del futuro próximo: la sobrepoblación. Hasta la actualidad, la humanidad ha podido atender, con otro tipo de respuestas, los problemas actuales, pero esto sería cada vez más difícil si la población sigue en crecimiento constante. Recordemos que la población humana mundial, si sigue su tasa de crecimiento actual, llegará a los 10 mil millones en el 2050. Este incremento de la población con un deterioro de las condiciones para su adecuado mantenimiento, hacen dudar de que las respuestas hasta ahora aplicadas puedan seguir siendo pertinentes. Veamos un ejemplo.

Existe una amplísima literatura sobre cómo la modificación de los hábitos de consumo podrían propiciar un mejoramiento de la calidad de vida de las personas (cambio que está siendo promovido desde la Iglesia católica con la encíclica *Laudato si* del Papa Francisco); por dar un caso concreto, un cambio no solo en la forma de producir alimentos sino también en la cultura consumista y en los hábitos alimenticios en la microesfera social, puede dar lugar a reducir el calentamiento global a la vez que disminuir el hambre de la población mundial (Le Puill, 2016). Sin embargo, siguiendo con el ejemplo propuesto, por más que se produzcan estos cambios en los hábitos, si la población sigue creciendo será imposible satisfacer su demanda de alimentos (Muñoz, 1997).

Ahora bien, cuando se plantea el tema de la sobrepoblación, no se plantea solamente la reflexión cuantitativa del número apropiado de humanos según las condiciones ambientales que ahora tenemos. Este asunto, el de la sobrepoblación, merece reflexiones cualitativas pues está asociado a aspectos políticos y económicos, a la vez que con una forma de asumir un diálogo ético con la humanidad, de un lado, y con el planeta mismo, del otro. Esto último supone, de entrada, que la reflexión sobre la sobrepoblación se opone al control poblacional en términos de eliminación del otro, pues esta eliminación solo es explicable como el rechazo mismo al diálogo ético propuesto anteriormente. Auschwitz no ha sido una muestra de control poblacional, sino la catástrofe humana de la eliminación de unos para el falso bienestar de otros (Amery, 2002, pp. 179-183). Auschwitz, hoy día, estaría más asociado al crecimiento desmesurado de la población en condiciones infrahumanas, para el beneficio de pocos en condiciones sobrehumanas. Entonces, pensar, por dar otro caso, que el incremento de la población dará lugar al surgimiento de una revolución emancipatoria, es un gran error: como ya dijimos, el aumento de la población en un contexto de recursos limitados está asociado al incremento de la barbarie.

Pero no perdamos la ruta: recordemos que el análisis del tema poblacional no es nada nuevo para la filosofía. Por mencionar un autor, Platón sugirió que una *polis* sana debe tener en cuenta una reflexión sobre el número de habitantes que pueda alimentar (Platón, 1988, pp. 127-128, República, II, 372e-374 a). Incluso, sugirió que la *polis* ideal contaría con un número limitado de ciudadanos (5.040¹) (Platón, 1999, pp. 413-422, Las Leyes V, 736c-737d y 740e-741a). Por tanto, el camino ya había sido abierto para la filosofía.

Quisiera en este momento enunciar algunas ideas, de forma muy amplia, sobre la importancia de que la filosofía (en especial la política) retome la reflexión sobre la pieza clave que sería la sobrepoblación. En primer lugar, el aumento considerable de la población aleja los centros de poder de la bases sociales y brutaliza las formas de control de tantas personas. Entre menos personas, las prácticas políticas tienen más probabilidades de democratizarse, como bien lo sabían los griegos, aumentándose por ejemplo las opciones de una real deliberación y humanizándose los sistemas de control, pues el ciudadano vuelve a tener rostro y deja de ser simplemente un número. En este sentido, puede delinearse la idea de que nuestra actual democracia, de la que tanto nos ufamamos, no es más que una presentación edulcorada de gobiernos autocráticos, una especie de barbarie modernizada, pero debidamente endulzada (con azúcar orgánica en los sistemas políticos más civilizados), que se han instaurado a partir del miedo de pocos de perder su poder ante el aumento exponencial de muchos; estos últimos, por su cantidad, pasan a ser -y son pasados a ser- una "masa" que lucha por su supervivencia desde la normativa impuesta por la minoría temerosa. Dicho con otras palabras, las formas actuales de dominación están pensadas para sociedades sobrepobladas y masificadas (Sarkar, 1993, pp. 151-152).

En segundo lugar, existen casos registrados, más allá de lo que atañe a la producción de alimentos y soberanía alimentaria, sobre los efectos negativos en el desarrollo social y económico derivados de la alta tasa de natalidad (para África: Leridon, 2015). De allí la sugerencia de una reducción en la tasa de natalidad como medio para mejorar los ingresos per cápita, en especial, y los indicadores macroeconómicos, en general (ver además: Romero y Betancur 2007).

En tercer lugar, ha circulado de tiempo atrás una idea progresista que se remonta, parcialmente, a Malthus; una idea basada en los efectos económicos, políticos y ambientales derivados de una política que busque la reducción de la tasa de natalidad de personas en condiciones de pobreza y el aumento de

¹ Este es un número múltiplo de muchos otros, por lo que admite varias divisiones (hasta 59), lo que le convierte en ideal para establecer todo tipo de repartos proporcionales de y entre la población. Esta división evidencia la influencia pitagórica en Platón, ya que estos números le permiten hablar de un orden natural y perfecto. Esta información fue obtenida de: <http://01paganismo.blogspot.com.co/2009/05/2-platon-y-la-polis-justa.html> (consultado el 20-09-2017).

la de personas en condición de riqueza (esto último sería la diferencia con las típicas posturas que piden la reducción de la natalidad en todos los sectores sociales). Veamos. Una manera de lograr que el capital no se concentre en pocas manos sería promoviendo el incremento de los hijos en las familias adineradas, de manera tal que -en la sucesión de los bienes- el patrimonio se fragmentaría en tanto se repartiría entre muchos hijos. Una política así podría dar lugar a una sana distribución de la riqueza a largo plazo. Además, las clases más pudientes suelen ofrecer a sus hijos buenos servicios de salud y educación, a la vez que les permiten buenos niveles de consumo de calidad esenciales para la economía verde, de forma tal que auspiciar el número de hijos en dichas familias implicaría efectos positivos para el conjunto: pensemos, por dar un caso, que los hijos de las clases altas, por su sistema de formación y su vinculación al sistema económico heredado de sus núcleos familiares, suelen ser líderes en los procesos económicos e industriales de un país. Entre más hijos tenga ese sector, más probabilidades hay de que se incremente el PIB nacional. De igual manera, si las familias en condición de pobreza disminuyen el número de hijos, a partir de incentivos y nunca forzosamente, se podrán concentrar los pocos recursos familiares en la formación de la nueva generación, lo que permitiría una mejor educación y una mejor salud, por ejemplo. Esto, igualmente, evitaría la fragmentación de la pobreza. Claro está que esta idea merece mejores desarrollos, a los que la filosofía política podría y debería contribuir.

Finalmente, quisiera pues invitar, como editor de una Revista de Filosofía, a que la filosofía abandone su torre de marfil y se sume a las actuales reflexiones sobre las piezas clave con alta vocación de ser soluciones complejas a las crisis o a las problemáticas complejas que hoy nos aquejan. Reflexiones que han partido de una posición antropológica: “El ser humano puede seguir siendo la corona de la creación si comprende que no lo es” (Amery, 2002, p. 183; igualmente, Pineda, 2015)^φ

Andrés Botero²
Editor General
Revista Filosofía UIS

² Doctor en derecho por la Universidad de Buenos Aires. Doctor en derecho por la Universidad de Huelva (España). Profesor titular de la Escuela de Filosofía de la Universidad Industrial de Santander (Colombia). Correo electrónico: botero39@gmail.com

Número ORCID: 0000-0002-2609-0265.

Referencias

Amery, C. (2002). *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor* (1998). México: Fondo de Cultura Económica.

Baudouin, P. (2015, Diciembre). Amenazas a la libertad. Trad. Florencia Giménez Zapiola. *Le monde diplomatique*, versión Colombia, 20-21.

Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad* (1986). Trad. J. Jorge Navarro, D. Jiménez y M. R. Borrás. Barcelona: Paidós.

Bookchin, Murray (1999). *La Ecología de la Libertad: El surgimiento y la disolución de la jerarquía* (1982). Trad. Marcelo Gabriel Burello. Madrid: Nossa y Jara Editores y Colectivo Los Arenalejos.

Capra, F. (2007). Complexity and. *Systems research and behavioral science*, (24), 475-479.

Chica, R. (2015). Laudato si' y crecimiento económico. *Revista Javeriana*, 43-58.

Ferrari, C.A. (2015). La crisis del capitalismo. *Revista Javeriana*, 27-41.

Keucheyan, R. (2016). *La naturaleza es un campo de batalla*. Trad. Víctor Goldstein. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Keucheyan, R. (2017, Agosto). El engranaje de las crisis. Trad. Aldo Giacometti. *Le monde diplomatique*, versión Colombia, 26-27.

Koselleck, R. (1990). *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. Paris: Éditions de l'EHESS.

Le Puill, G. (2015, Diciembre). Cómo la agroecología puede alimentar al planeta en forma duradera. Trad. Gustavo Recalde. *Le monde diplomatique*, versión Colombia, 28-29.

Leridon, H. (2015, Noviembre). África se multiplica. Trad. Patricia Minarrieta. *Le monde diplomatique*, versión Colombia, 9-10.

Muñoz, J. (1997). Crisis ambiental: ¿Sobrepoblación o sobre-producción? *Ecología Política*, (13), 107-124.

Pineda, D. (2015). De un antropocentrismo despótico a una ecología integral: algunos comentarios en torno a la Encíclica "Laudato si' ", del Papa Francisco. *Revista Javeriana*, 65-78.

Platón (1988). *Diálogos IV: República*. Trad. Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos.

Platón (1999). *Diálogos VIII: Leyes*. Trad. Franciso Lisi. Madrid: Gredos.

Romero, S., y Betancur, J. (2007). Y seguimos creciendo... El desafío del aumento incontrolado de la población mundial. *Poliantea*, 3(5), 79-102.

Sarkar, S. (1993). ¿Una síntesis ecosocialista del problema de la sobrepoblación? *Ecología Política*, (6), 143-152.

Schopenhauer, A. (2013). *El mundo como voluntad y representación*. II. Trad. Pilar López de Santa María. Madrid: Trotta.